

pios. «Dan de ménos, dice, á lo bueno por ir en busca de lo mejor, y hacen lo mejor contrario de lo que es bueno.»

Los consejos filosóficos de COBORNIV son tan oportunos como los de Ancillon y Leibnitz en materia de crítica alemana; como los de Francklin y Sterne, si buscamos los pensadores ingleses ó angloamericanos; como los de Raiberti y Silvio Pellico, si acudimos á los de Italia (1).

Mucho he leído acerca del egoísmo, mucho y excelentemente escrito, y consideraciones muy filosóficas, descubriendo caracteres ya aquél de un hombre honrado, de noble corazon, de firme voluntad, pero que como otros muchos hombres queria amar, y que ciertamente no amaba, y que se veía acometido del pecado original del egoísmo de que Richter nos habla en su *Titan*, no habiendo hallado en los mortales más que una diferencia sola: que unos son finos, razonables y tiernos, sin entusiasmo y sin pasion, y los otros son sensibles y entusiastas, pero sin delicadeza, y todos egoistas, si bien sus corazones tan pronto como están satisfechos se asemejan á la luna llena, que ocultan un poco ménos sus manchas; ya el de un hombre digno de estimacion, que así en la próspera como en la adversa fortuna no tenía más atencion que de sí, sin compartir con persona alguna sus alegrías ni sus sufrimientos, de que trata Goethe en su *Hermann y Dorothea*; ya Bersezio, diciéndonos que los egoistas tienen horror á las personas que lloran; ya Tommaso Vero, que no puede existir sociedad duradera entre hombres guiados por intereses egoistas, y que se parecen á dos cuerpos cargados de la misma electricidad, que mutuamente se rechazan; ya Callenga, que de todos los defectos humanos el más natural, el más comun y del que más tarde llegamos á conocer es el egoísmo.

Por último, Francklin nos enseñará que pocas personas en los negocios públicos atienden al bien de su patria, y que muchas que lo traen efectivamente por sus hechos, no han sido directamente impulsados sino porque han visto que su interes particular dependia del triunfo del interes general; porque mientras que cada partido sigue un propósito para todos, cada individuo tiene por mira única su interes privado.

Pero de esto y muchísimo más, leído en filósofos moralistas, nacionales y extranjeros acerca del egoísmo, nada es comparable en originalidad y mérito á los siguientes pensamientos de la más vivaz ironía:

«Por esta nueva y bella voz *egoísmo* entendemos la profesion que hacemos de no dar paso en toda nuestra vida que no lo dediquemos al interes y amor de nosotros mismos, sin que nos sea lícito sacrificar este interes de mí mismo al provecho comun ni de otro particular, por amigo y legado que sea.

Los profesores del egoísmo siempre vamos consiguiendo andando por nuestro camino adelante, sin volver jamas atras y sin desvariar hácia esta mano ó á la otra. Si el bien público puede ser rodeado á nuestro provecho particular, damos mucha priesa por el bien público; mas si fuese contrario, secretamente hacemos por impedirlo, aunque manifestemos amarlo.

Estos (nuestros principios) requieren que se sacrifiquen la amistad, la honra, la buena fe para con Dios y para con el Rey, y áun la religion á la comodidad propia ó al interes y amor de sí mismo.—¿Me tiene cuenta vender á mi amigo y abusar, para perderlo, de la confianza que me hizo? Pues no debo titubear. Al que más me diere debo entregarlo, aunque le pese. Ni esto es diverso de las palabras de seguridad y de afecto que le di. Yo á la verdad le queria muchísimo, y se lo diría mil veces con juramentos y la mano sobre el pecho. Mas ¿por qué no me entendió el simple, queriendo yo decir que le queria mucho para mis usos ó para servirme de él? Hallé comprador, y lo vendí como otro mueble ó como uno de los animales que yo apreciaba. Por el mismo principio vuelvo á su amistad, siempre que otra vez lo pueda hacer mio; y así andamos consiguiendo de la amistad á la traicion, y de ésta á otra igual amistad.

Del mismo modo jugamos con este dije que se llama honra. Cuanto es dable procuramos mantener este título de hombre de honor: pretendemos ser creídos sobre palabras de honor. Mi honradez es lo primero que pronuncio cuando hablo para engañar á alguno (2); y entre mentira

(1) De Sanctis decia que los estéticos poseen sólo tres ó cuatro fórmulas para analizar una obra maestra; mientras el hombre del pueblo tiene las lágrimas: que ellos gravemente preguntan, si en tal escena es el objetivo lo que domina al subjetivo, ó lo plástico á lo pintoresco, lo

ideal á lo real, y que pensando en la idea pierden el sentimiento.

(2) Berkeley decia que ciertas personas se creen honradas porque jamas han robado: tambien es seguro que son honradas porque jamas han tenido la tentacion. Esto

y mentira, ó entre palabra y palabra resuena *mi honra, mi estimacion, mi pudor*. Mas despues de hecho el negocio no es ya el honor para mí sino una opinion, un capricho, una preocupacion gótica, que daña muchas veces á nuestro interes personal. Y entónces debo por mis leyes hollarle, y no creer en otra honra que en lograr buena ventura ó buena andanza en nuestras cosas (1).

Sobre el regicidio hay estas no ménos felizmente irónicas que verdaderas, ó mejor dicho, desengeniadas observaciones:

«Las sentencias y dictámenes de los jurisconsultos se traen hácia este punto con más facilidad que se vuelve una hoja. Y así tengo por ridículas las cuestiones que se encienden sobre el regicidio y sobre los juramentos de fidelidad. Dos horas ántes de matar al rey don Pedro firmarían y gritarían todos los letrados que el que intentase contra la vida ú obediencia de aquel príncipe sería un impío, sacrilego, hereje é incapaz de toda dignidad real y eclesiástica, y de allí á dos horas mata al rey don Pedro con traicion un hermano adulterino, y se apellida rey. ¿Qué dicen entónces los gravísimos togados y los venerandos teólogos? Que el regicida y el fratricida es santo y ungido de Dios, mientras no apareció otro más atroz y fuerte que él. Tanto de esto le dicen al matador y usurpador, que se lo cree hasta la muerte, y sale de este mundo diciendo por su testamento: *Otrost, conociendo á nuestro Señor Dios el bien é la merced que se nos fizo en nos dar victoria contra don Pedro, que se decia rey, nuestro enemigo, que fué vencido é muerto en la batalla de Montiel por los sus pecados é merecimientos, etc.*»

¡Mira con qué tranquilidad de conciencia mentía en el artículo de la muerte este rey de España!! Al miserable rey don Pedro, que habia heredado la corona de sus mayores, lo representa como un alzado con el reino. Dice: «Que fué muerto en la batalla de Montiel por sus pecados ó merecimientos, cuando lo fué por la traicion, ambicion y alevosía de su camarada Beltran, que hizo el oficio de Júdas, trayendo al rey don Pedro á la muerte despues de haber contratado con él sacarlo de Montiel libre.

Estos pecados y merecimientos de los regicidas no se habian lavado sino con la sangre del Rey, y con sólo esto quedaron tan puros, que sólo reconocian los pecados de don Pedro. ¡Tanto puede el quedar encima y el amor de sí mismo. Éste endulza los remordimientos de la conciencia; éste hace del delito merecimiento y del derecho tuerto; éste muda en un instante la virtud en vicio, y el vicio en virtud; éste puede todavía más: que aquello que es ahora verdad, de aquí á un instante sea mentira (2).

Ciertamente nos parece, al leer este pasaje, que estamos examinando las leyes de la historia en el estudio de la humanidad; más claro, de la filosofia de la historia, que pocas veces se ha aplicado tan felizmente como en las observaciones que se han transcrito. Quedan inferiores á las de Vico, Hegel, Ballanche y Cousin en casos análogos. Mucha más certidumbre tienen que algunas de estos filósofos, en que hay tantas caprichosas é ideales.

Prosiguiendo el autor en tratar del regicidio, torna á hablar del egoísmo, y exclama:

«Dios no puede hacer estas mismas cosas; pero el amor propio ó el amor de sí mismo obra muy frecuentemente estos milagros. Vé aquí cómo no hay suplicaciones en los que se mueven en todo con este amor propio, y no adoran sino el egoísmo; porque para esto no hay mentira ni verdad; una misma cosa puede ser y no ser: este principio es tenido por infalible..... La misma cosa es y no es, si es de conveniencia ó lo deja de ser.»

Basta con estos rasgos para adquirir algun conocimiento del espíritu filosófico de los españoles en ese siglo.

Despertóse el amor á los que en el XVI y XVII cultivaron las ciencias en nuestra patria. El doctor Martin Martinez reimprimió las obras de doña Oliva Sabuco; don Gregorio Mayans y Ciscar, las

que el mundo llama honor innato es solamente un estómago lleno. Lope de Vega ya habia dicho en una de sus comedias:

Quien no tiene que comer
Hurta en viendo la ocasion;
Quien tiene, pone en razon
Las horas en que ha de ser.

(1) El Bachiller Gil Porras.—Sus cinco cuadro históricos y morales de la España reformada, que compuso en

la isla de los genios en su viaje á Irlanda, enviado de Carlos V. Contiene la doctrina arcana de los más profundos hombres de Estado, y conduce mucho á la instruccion pública. Los que hablan son Rodamonte y Calope. Es una finísima sátira contra el Conde de Florida Blanca, sátira que corrió manuscrita, y que censura á veces muy apasionadamente á este personaje. En otras se juzga con alto y religioso criterio algunas de las acciones de este ministro, y todo con gran novedad filosófica.

(2) Véase el opúsculo citado en la nota anterior.

de Juan Luis Vives (1); un impresor de Granada, el *Exámen de ingenios de Huarte* (2); don Juan Pablo Forner, entusiasta de las patrias glorias, y animado por la lectura del discurso que el abate Denina habia leído en la Academia de Ciencias de Berlin, respondiendo á la cuestion *¿qué se debe á España?* escuchó su *Oracion apologética*, donde trata de algunos de nuestros filósofos; el abate Lampillas, respondiendo á Tiraboschi, tambien habló de los mismos en su *Ensayo histórico apologético* de nuestra literatura; igualmente el abate Andres, en su libro del *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*.

Publicáronse muchos tratados originales, como *Las investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal*, del jesuita don Estéban Arteaga; *La educacion conforme á los principios de la religion cristiana y costumbres de la nacion española* (Madrid, 1787); *Dios y la naturaleza*, por don Juan Francisco Castro (Madrid, 1780 y 1781); *Principios del órden esencial de la naturaleza, establecidos por fundamentos y por prueba de la religion*, por don Antonio Javier Perez y Lopez (Madrid, 1785); *Avisos político-morales sobre puntos de agricultura y otros relativos al bien comun*, por el doctor don Domingo Ramon Palomo y Torre (Madrid, 1795); *Ensayo sobre la historia de la filosofia desde el principio del mundo hasta nuestros dias*, por el doctor don Tomás Lapeña (Búrgos, 1808). En todos estos libros hay algunos excelentes pensamientos.

DON PABLO OLAVIDE, sujeto de peregrina historia, amigo del Conde de Aranda y de Voltaire, intendente que fué de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena, y castigado por la Inquisicion en auto particular de fe por sus opiniones impías, huyó á Francia, donde publicó un opúsculo contra los frailes. Espantado con los horrores de la revolucion francesa, escribió un libro intitulado *El Evangelio en triunfo, obra de un filósofo desengañado*. Llamó en España extraordinariamente la atencion por ser de quien era: en poco tiempo se hicieron ocho ediciones. El Santo Oficio le levantó la condena: tornó á España y vivió retirado del mundo en Andalucía. La obra no es de gran mérito, ni por lo sublime de los pensamientos, ni por el estilo. Todavía á ancianos oía yo decir en los primeros años de mi juventud que en los argumentos de la obra de OLAVIDE eran más fuertes los que refería de los impíos que los que presentaba para combatirlos. Dudaban, pues, de la sinceridad con que el libro se habia escrito; pero creo que en esto habia antiguas prevenciones contra OLAVIDE. La verdad es que éste distaba mucho de ser un grande hombre. Ni como filósofo impío, ni como filósofo cristiano, pasaba de ser una medianía muy mediana. En cuanto á la sinceridad de su espíritu al escribir su libro del *Evangelio en triunfo*, no tengo la menor duda (3).

En 1795 salió á luz un librito *Sobre el honor militar, causas de su origen, progresos y decadencia*, por DON CLEMENTE PEÑALOSA Y ZÚÑIGA, explanacion del que compuso Gines de Sepúlveda con el título de *Concordia de la disciplina militar con la cristiana*.

Creia PEÑALOSA que el *Marco Aurelio*, de Guevara, merece la atencion de los hombres sabios por sus máximas, fundadas en el honor y en la religion.

Discurre acerca del *genio militar* en esta forma:

«Entre todas la más sublime es el genio militar. Llamo *genio* aquella aptitud que el hombre ha recibido de la naturaleza para hacer con facilidad y desembarazo ciertas cosas, que sin ella serian difíciles. Un militar nacido con el genio de su profesion, es un hombre cuya conformacion orgánica está tan bien dispuesta, que ni el valor, por sus demasiados ardores, altera la serenidad del espíritu, ni esta serenidad, aunque fria y reflexiva, disminuye el fuego del valor. Pero esta aptitud natural no es sola la cualidad esencial de un soldado; es necesario el talento, sin el cual degeneraria el valor en temeridad y la prudencia en timidez.

(1) Méns sus *Comentos de la Ciudad de Dios, de San Agustín*, que escribió alternando con los de Erasmo. La Inquisicion, atendiendo á las doctrinas de éste, mandó tachar algunos pasajes de la edicion primitiva. En las obras filosóficas, como ántes he dicho, nada prohibió el Santo Oficio.

(2) Edicion de 1768. Cítala el señor Martinez en su curiosa y notable edicion moderna del *Exámen de Ingenios*.

(3) Tambien el padre José Francisco de Isla tocó algunas cuestiones filosóficas, pero en estilo bufonesco. Uno de sus opúsculos se intitula *Los Aldeanos críticos, ó cartas críticas sobre lo que se verá, dadas á luz por don Roque*

Antonio Cogollar, quien las dedica al Príncipe de los peripatéticos, don Aristóteles de Estagira.

La dedicatoria es así:

«Al vetustísimo, calvisimo, arrugadísimo, tremulísimo, carcuécisimo, carraquísimo, gangosísimo y evaporadísimo señor, el señor don Aristóteles de Estagira, Príncipe de los Peripatos, Margrave de Anthiperhístasis, Duque de las Formas Substanciales, Conde de Antipatías, Marqués de Accidentes, Baron de las Algaravias, Vizconde de los Plenistas, Señor de los Lugares de Tembleque, Potrilla, Villa-Vieja, Capitan General de los flatulentos ejércitos de las cualidades ocultas, y Alcalde mayor perpétuo de su Præ-Adamítico mundo.»

«Entiendo por talento un juicio sano y penetrante, con una imaginacion pronta y emprendedora. El uso libre de estas dos facultades obra prodigios: por la primera, en medio de los peligros delibera el militar, advierte y toma su partido con la misma tranquilidad que si estuviese en su tienda; por la segunda, descubre á un golpe de ojo los movimientos y fines del enemigo, calcula las probabilidades y emprende con actividad. Una y otra dan en las grandes acciones aquella libertad de espíritu y de imaginacion que constituye el carácter de los héroes.

«Querer ser un héroe militar sin este genio es lo mismo que ponerse á componer la *Odisea* sin el entusiasmo y vena de Homero. Este hombre imitaria la locura de aquel que atado de piés y manos se tirase á nadar. Tú, Hermildez, consuélate: has estudiado tu índole: has combinado tu genio con las obligaciones militares; y despues de pruebas poco equívocas te hallas apto, expedito y pronto para cumplirlas.»

No creo que valgan más los pensamientos que acerca del *genio* con relacion á las letras y á las artes nos han dejado Douglas, Ferrol, Cereseto, Pananti, Tommaseo, Mamiani, Gall, Ancillon y Hegel.

PEÑALOSA trata de la pasion de gloria, y señala la diferencia del amor á la estimacion, á la reputacion y á la celebridad. Sobre este asunto ha consignado pensamientos que demuestran excelente juicio y acertada novedad:

«El deseo de gloria que inflama tu pecho puede contribuir á tus mayores satisfacciones; mas si no sabes dirigirlo y moderarlo, nutrirás una pasion violenta, cuyas inquietudes serán tu desgracia. La gloria es como un resplandor vivo, que nace del fondo de la estimacion que nos tributan los demas: supone siempre acciones brillantes ó virtudes singulares. Algunas calidades de corazon dieron gloria á hechos del César; y la historia se la niega á los de Atila, porque no tuvo virtudes...

«Considera los nombres, estudia su propiedad, y distinguirás con pulso las ideas verdaderas. La estimacion es un juicio tranquilo y personal que recibimos de otros: la admiracion un movimiento rápido y á veces momentáneo, porque lo maravilloso deja de serlo por el hábito ó la reflexion; la celebridad es una reputacion más estimada ó extensa, y la gloria es la opinion unánime y sostenida por la admiracion perpétua, fundada sobre el concierto de cualidades excelentes ó extraordinarias. Esta gloria puede ser vana como la opinion que la produce.

«Como no quiero que te seduzcan el ejemplo, la edad, ó las inclinaciones del apetito, sabrás que hay dos falsas glorias: la una está fundada sobre lo maravilloso falso, porque muchas veces celebramos con admiracion las acciones de otros que merecian vituperio, porque nos engaña la adulacion ó la ignorancia. Así honramos lo que debiéramos aborrecer. La otra está fundada sobre lo maravilloso real, pero funesto y miserable.

«La gloria nacida de la admiracion funesta es más durable que la primera. Como se propaga con impresiones fuertes y con acciones que perjudican al género humano, son necesarios siglos para olvidarlas.»

Otro tanto pudiera decirse acerca del mérito de estos pensamientos, que lo que expresa al trasladar los anteriores.

Tal vez el autor, al querer buscar la perfeccion del militar, asienta ideas que no tienen exactitud: tal es la de que el amor á los placeres hace cobardes y tímidos. Si PEÑALOSA trató de inculcar la templanza en el ánimo de los que á la milicia se dedican, debió valerse de otros argumentos y ejemplos. Así dice:

«Cuando Catilina se enriquecia por rapiñas, y César pervertia la hermosura de Servilia, la avaricia del uno y la torpeza del otro enflaquecieron su esfuerzo militar. Empleaban en el ejercicio de esta pasion dominante toda la fuerza de su corazon; y el tiempo, cuya mano lo dulcifica todo, no pudo domar su carácter, ni dirigirlos á hechos excelentes.»

César y Catilina, sin embargo de la disipacion de sus costumbres, jamas perdieron el esfuerzo militar. Soy de la opinion de Richter, de que nunca se batieron mejor las legiones romanas que cuando estaban compuestas de hombres vendidos, de ladrones y de libertos, y de que por el incendiario é insignificante Catilina, muchos ciudadanos tan corrompidos en las costumbres como él pelearon y murieron hasta el último, pues no hubo tras la victoria del Senado, más prisioneros que los esclavos (1).

(1) El padre Codorniu habia ya dado á luz un libro semejante, con el título del *Soldado cristiano*.

Otro de los españoles de que debe conservarse la memoria es el jeronimiano FRAY FERNANDO DE CEBALLOS, autor de *La falsa filosofía, crimen de Estado*, obra en que su autor se propuso combatir entre los errores de la impiedad, los abusos del poder civil contra el eclesiástico. En los primeros tomos el PADRE CEBALLOS obtuvo el aplauso de los ministros y de sus adictos; pero desde el cuarto en adelante desapareció el encanto, comprendieron el pensamiento y vedaron la obra. Todavía el PADRE CEBALLOS, anciano ya, pasó á Lisboa, y publicó en esa ciudad el sétimo volumen, hecho que indignó á los adversarios. Mandóse formar proceso; pero terminó con la muerte del escritor, ocurrida en 1802 (1). Su obra es á veces elocuente y siempre acertada.

El PADRE FRANCISCO ALVARADO, de la orden de Santo Domingo, escribió un libro con el título de *Cartas á Aristóteles*, en que pugna contra el eclecticismo, sosteniendo las doctrinas escolásticas. *Las cartas críticas* que dió á luz con el nombre de *El filósofo rancio*, en oposicion á las doctrinas de las Cortes de Cádiz, le dieron gran fama. En sus obras hay mucho ingenio, gran juicio, si bien los chistes que introduce en sus *Cartas* no concuerdan bien con los asuntos graves de que trata. Sin duda escribió en esta forma para cautivar la atencion del público (2).

La filosofía de la incredulidad, que tantos sectarios contaba en Francia, tuvo en España un propagador: éste fué don José Marchena. Mas para juzgar á este hombre debo traer á la memoria la noticia de algunos españoles que abandonaron el catolicismo, recuerdo muy conveniente, porque en ellos descubro una igualdad de carácter (3).

Juan de Valdés, tan favorecido de Carlos V, aprendió en las obras de Lutero, de Bucero y de los anabaptistas sus diversas doctrinas y se dedicó á adquirir en Nápoles prosélitos.

Pero aunque pugnó por ser libre pensador, sin embargo, segun confesion de Bayle (4), no combatió á la Iglesia sino sólo en algunos puntos, y con respecto á la doctrina de la Trinidad, no estaba conforme con los protestantes ni con los católicos. Y esto ¿qué prueba? que su educacion, que sus estudios y que sus sentimientos, por más que las corrientes del siglo lo impulsasen por un mal entendido amor propio ó anhelo de igualarse á los que tenia por sabios, y contemplaba aplaudidos en Alemania, al protestantismo, la fe de sus mayores áun combatia en su alma y lo hacia vacilar. No sin razon el excelentísimo señor Marqués de Pidal dudaba que hubiese sido protestante Juan de Valdés, sino más bien un filósofo que en las cuestiones entre católicos y reformadores queria pensar y pensaba libremente.

Otro semejante fué Miguel Servet, que murió en las llamas perseguido por Calvino. Fué antitrinitario, es verdad; era panteista y luchaba contra el panteismo; aceptaba el símbolo de Nicea. Combatia la Trinidad y reconocia á Cristo. La religion cristiana, en que se habia educado predominaba en su alma, y en medio de los extravíos de su inteligencia no podia borrar completamente

(1) El folleto del *Bachiller Gil Porras* pone en boca del Conde de Floridablanca estas palabras: «Es el escritor más taimado y más maligno que pudiéramos tener en contra. Él nos conoce á fondo, descubre en medio de la plaza nuestras más secretas intenciones, nuestros proyectos, y nos retrata al natural haciendo del bobo y que habla á otros sujetos y á otro propósito. Acudimos tarde á tapar esta boca y romper esta pluma, que tiene ya en su defensa el crédito público; y nosotros mismos lo elogiábamos furiosamente á los principios. Pero esto provino de que no lo entendimos y creímos que era de otra bandera amiga, ó á lo ménos neutral; pero ¡ah, maldito! que este disimulo lo mantuvo solamente en los primeros tomos, hasta que bien introducido en medio de nosotros, nos volvió el costado desde el cuarto tomo, y nos ha estado *batiendo en ruina*. No aprovecha decirle que sus dos primeros tomos son impertinentes; porque ahora caemos en la cuenta de cuán conducente le era entrarse á una obra tan maligna por unos tratados indiferentes, que tan léjos nos parecían llevarle de dar sobre nosotros. Pero al fin, ya no hay más medio que esparcir por todas partes verederos y corte-calles que vayan desacreditando esta obra y á su autor llamándole *ignorante, orgulloso, calumniador, irónico, que mata alabando*, y por los de su orden hacer que se le incomode y aceche en todo lugar, que no se le admita en cosa de honor, que se le cojan las

cartas y escritos que se puedan enviarnos, como hicieron sus hermanos de Guadalupe, el Escorial y Talavera, para ver si lo podemos.... perder con algun color.

(2) Nadie extraña que no hable de diferentes cuestiones filosóficas sustentadas en este y en los anteriores siglos por determinadas escuelas universitarias de España; asuntos tratados con gran prolijidad y sin importancia alguna para mi objeto; asuntos todos de mucha sutileza de ingenio, pero frívolos para un bosquejo de la parte más digna de ser conocida de la historia de la filosofía en nuestra patria.

(3) Hay un filósofo español impío, pero de ménos fama y mucho ménos mérito que Marchena. Llamábase don Andres María Santa Cruz, natural de Guadalajara. Fué maestro de los hijos de un príncipe alemán, y en 1790 pasó á París cuando se fundó la sociedad de los *teoflántropos* (amadores del hombre como Dios). Santa Cruz se inscribió en ella y escribió un libro intitulado *Le culte de l'humanité* (Año 5) para explicar sus doctrinas. Es una compilacion de los pensamientos de los filósofos impíos, con la novedad única de querer que se entendiese lo ininteligible, que era la religion de los *teoflántropos*. Quizá si conociese algun otro escrito suyo, pudiese aplicarle la teoría que pongo en el texto.

(4) *Dictionnaire historique et critique*.

de ella lo que aprendió en la niñez (1). De aquí procedia esa serie de contradicciones que se advierten en sus escritos, mezcla confusa, en que el no creer se explica por el creer, y el creer por el no creer (2). Servet tenia las aspiraciones de un Spinoza, tenia las de un Hegel, ya para el racionalismo del uno, ya para el idealismo del otro; pero era cristiano aún y no podia ni sabia desatarse de todos los vínculos de la religion de sus padres. Atesoraba las condiciones que necesitaba para el error, pero jamas el completo error pudo triunfar de su doctrina. Murió con la tenacidad propia de un aragones indomable; con esa misma tenacidad declaró en su proceso que era cristiano de pura raza é hijo de padres nobles.

Uno de los caudillos de la tentativa de introducir en España el protestantismo, cuando Felipe II residia en Inglaterra con su esposa la reina Maria, fué el doctor Constantino Ponce de la Fuente, canónigo en la catedral de Sevilla, varon tenido por muy gran filósofo, autor de obras de elocuencia religiosa, entre ellas *La Confesion del pecador*, y sacerdote que en el púlpito cautivaba la atencion del auditorio con su lenguaje sentido y poético, lo que le atrajo los aplausos, no sólo del vulgo, sino de hombres doctísimos (3). Murió en las cárceles de la Inquisicion de Sevilla, cuando se le formaba proceso por luterano.

(1) «L'unité, l'harmonie, la consubstantialité de tous les êtres, voilà le principe qui a séduit Servet, comme il avait séduit les écoles d'Ionie et d'Élée, entraîné plus d'une fois Platon et enivré Plotin, comme il captiva depuis Sabellius et Eutychès, comme il devait égarer un jour et Bruno, et Spinoza, et Schelling, et tant d'autres grands et nobles génies. Là est l'éternelle tentation du panthéisme, l'aimant invisible par lequel il attire à soi les esprits et les âmes. Ne faisons point un crime à Servet de s'être laissé gagner à ces doctrines noblement chimériques, dans un siècle surtout où la plupart des esprits en subissaient le prestige.

» C'est donc pour maintenir la divinité du Christ, pierre angulaire du christianisme, que les conciles ont établi la distinction des deux natures. Servet n'entre pas dans cette pensée. Il ne veut pas reconnaître deux natures dans le Christ, et soutient que Jésus-Christ, comme homme, comme fils de Marie, est fils de Dieu, consubstantiel à Dieu. Sa chair est divine; son âme, son esprit, tout en lui est divin. C'est ainsi qu'il entend et qu'il accepte le fameux *Homousion* de Nicée. A ce compte, tous les êtres sont fils de Dieu; toute la nature est consubstantielle à son principe, et par là même le Christ se trouve réduit à une incarnation particulière et déterminée de Dieu: l'arrrianisme et le sabellianisme se rencontrent.

» La négation de la divinité du Christ, voilà la conséquence que la logique imposait à Michel Servet. L'a-t-il résolument acceptée? L'a-t-il nettement repoussée? Ni l'un ni l'autre. Il a essayé de l'atténuer en l'acceptant. C'est ce qui fait l'obscurité de sa christologie. La clé de toutes les difficultés qu'elle présente, c'est qu'il veut être à la fois chrétien et panthéiste. Pour résoudre ce problème insoluble, pour reconnaître dans le Christ quelque chose de plus qu'un homme, sans y voir Dieu lui-même mystérieusement uni à l'humanité, Servet imagine sa théorie d'un Christ idéal qui n'est point Dieu, qui n'est point un homme, qui est un intermédiaire entre l'homme et Dieu. C'est l'idée centrale, le type des types, l'Adam céleste, modèle de l'humanité, et par suite, de tous les êtres. Pour l'église, le Christ est Dieu; pour le panthéisme, le Christ n'est qu'un homme, une partie de la nature. Servet place entre la Divinité, sanctuaire inaccessible de l'éternité et de l'immobilité absolue, et la nature, région du mouvement, de la division et du temps, un monde intermédiaire, celui des idées, et il fait du Christ le centre du monde idéal. De la sorte, il croit concilier le christianisme et le panthéisme en les corrigeant et les

tempérant l'un par l'autre. (Emile Saisset, *Michel Servet*.)

(2) A propósito de este juicio mio, creo oportuno reproducir lo que sobre el carácter de Servet decia el ya citado Saisset:

« Ici, Servet n'est plus un philosophe ni un théologien; il nous apparaît comme une manière d'alchimiste et d'illuminé, et ses spéculations bigarrées de théologie et de médecine, de physique et d'astrologie n'inspireraient qu'un profond dédain, si on ne songeait qu'au xvi.º siècle ces rêveries sont la commune infirmité des plus grands génies, si, d'ailleurs, on ne voyait briller quelques éclairs au milieu de ce chaos: tantôt des vues particulières, pleines de hardiesse et d'avenir, sur la circulation et la génération, tantôt des aperçus généraux sur l'harmonie secrète des lois de l'intelligence et des lois de la nature, et sur les analogies qui enchaînent tous les degrés de l'échelle des êtres.

(3) « Est in hoc eruditorum numero CONSTANTINUS, nobilissimus concionator, cuius eloquentia sacris educata concionibus, quoad Hispali vixit, admirationem habuit qualemquidem Cicero in perfecto oratore dum aliquid exquisitius et divinum quæreret, inter caetera vehementer desideravi.... Sic multa communi sensu perlicit, sic extra scholas et doctrinam versatur ut cum summo opere delectet auditores, putent statim è proximo medioque vulgi arrepta esse quæ tamen intimis divinæ philosophiæ visceribus altissimas radices egerunt.... Multum itaque CONSTANTINUS debet arti sed plus naturæ et diviti venæ quæ plura quotidie gignit quæ ars ipsa duro, pertinacique studio invenire potuisset. » (Alfonso García de Matamoros, *De Asserenda Hisp. Eruditione*; Alcalá, 1553, fólíos 50 y 51.)

Para la Inquisicion pasaron desapercibidos estos elogios de Constantino; no así los de Juan Calvete de Estrella. En muchos indices expurgatorios se lee:

« IVAN CRISTOVAL CALVETE DE ESTELLA.

» Su libro del *Viaje del Príncipe*, se corrija.

» Libro I, título *Embarcacion*, fólío 5, página 2, y fólío 7, página 2, se quite todo lo que es en alabanza de Constantino de la Fuente, autor condenado. Y en el libro IV, fólío 325, se quite todo lo que tocara en alabanza de Constantino y de Agustin de Cazalla.»

El elogio de Constantino es el siguiente: «El doctor Constantino, muy gran filósofo y profundo teólogo y de los más señalados hombres en el púlpito y elocuencia que ha habido de grandes tiempos acá, como lo muestran bien claramente las obras que ha escrito, dignas de su ingenio.»

El otro elogio es llamar grandes predicadores al doc-

Pues bien, dias ántes de ser delatado, volvió la vista á la Compañía de Jesus, tal vez en el deseo de olvidar en el seno austero de aquella religion, en que la voluntad se resignaba enteramente, sus errores y enmendarlos con la pureza de vida y con el arrepentimiento.

Todavía Antonio Posevino (1608), en su *Aparato*, citaba á Constantino Ponce de la Fuente entre los autores católicos, cosa que mandó tachar la Inquisicion de España.

Pues bien, DON JOSÉ MARCHENA, ó el abate Marchena (1) como más comunmente suele llamársele, nació en Utrera (1768). Huyó de Sevilla amenazado por el Santo Oficio, cuando al comenzar la revolucion francesa hacia ostentacion de sus sentimientos favorables á los filósofos impíos. Pasó á París, admirador de los sabios, obtuvo recomendacion para Marat, con quien escribió en el periódico *L'Ami du peuple*. Pero cuando vió más tarde cuáles eran las verdaderas ideas de Marat sobre la revolucion y sobre los hombres, se apartó temeroso de su compañía. Pasóse al bando de los Girondinos. Brissot fué su protector y su amigo. En 31 de Mayo de 1793 arrestóse á MARCHENA en Burdeos y se le trasladó á París con Riouffé. MARCHENA estuvo gravemente enfermo, tan gravemente que se le creyó en la agonía. Un benedictino que estaba preso, trató varias veces de convencerlo para que volviese á la fe; pero todo en vano (2). Recuperó la salud MARCHENA. Cuéntase que cansado de la prision escribió á Robespierre diciéndole: *Tyran, tu m'as oublié. ¡Tirano, me has olvidado!* Otra vez le dirigió por escrito estas palabras: *Ou tue-moi ou donne-moi à manger. O mátame ó dame de comer.* No consiguió nada MARCHENA; Robespierre no lo mandó al tribunal, como en caso parecido hizo con Andres Chenier.

Muerto Robespierre, salió de la prision MARCHENA; obtuvo una plaza de escribiente en el comité de Salud Pública y escribió en el periódico *L'Ami des lois*. Cuando el bando de los Termidorianos se dividió en dos fracciones, adhirióse Marchena á la ménos importante; perdió su plaza de escribiente y hasta lo que ganaba en el periódico. Dedicóse á componer y publicar folletos contra el partido vencedor, es decir, contra Tallien, Legendre y Freron. Despues del 3 vendimiario (año 4) fué proscrito como uno de los agitadores de las secciones de París. En Junio de 1797 el Directorio le aplicó de nuevo la ley, llamada del 21 floreal, contra los extranjeros é hizo que de tránsito en tránsito se le trasladase á las fronteras. Al llegar á Suiza, cuenta un autor frances (3) que impetró la proteccion de madama Stael, la cual *filosóficamente se negó* á un hombre al que habia recibido en su sociedad cuando él gozaba de algun influjo en su partido.

No se dejó vencer por estas contradicciones MARCHENA; reclamó los derechos y cualidad de súbdito frances, y obtuvo del Cuerpo legislativo, enemigo del Directorio, permiso para volver á Francia. En tanto habia publicado algunos escritos filosóficos contra la religion.

En 1801 consiguió un empleo en la administracion de contribuciones en el ejército del Rin, y llegó á ser secretario del general Moreau. En el ejército compuso en lengua latina un pasaje ó fragmento imitando el estilo de Petronio; dijo que lo tenia por una parte del *Satiricon* y que lo habia copiado de un antiguo manuscrito del monasterio de Saint Gall.

Ese fragmento está escrito en excelente latin; acompañólo MARCHENA con notas bastante licenciosas, y lo dió á luz en Bale. Mucho tiempo se tuvo por auténtico este fragmento, como se habian tenido otros semejantes del siglo XVII.

Quiso inventar MARCHENA otro pasaje de Catulo como hallado en las ruinas de Herculano; faltóle habilidad en esta segunda tentativa, y su primer travesura ingeniosa fué patente al punto, por el ménos acierto en imitar á un autor tan dulce, afectuoso y delicado. Adquirió desde luego MARCHENA reputacion de gran latino. Tenía facilidad suma para aprender todo idioma y para escribir en cualquiera con el mismo brío y con la propiedad misma que si fuera el suyo nativo. Cuando cayó en desgracia Moreau, tomó una parte en ella, siguiéndolo con lealtad.

tor Constantino, á fray Bernardo de Fresneda y al doctor Agustin de Cazalla. «Predicador del Emperador, excellentísimo teólogo y hombre de gran doctrina y elocuencia.»

(1) «Haut de trois pieds huit pouce, basané et affreux de figure», dice un autor frances que era Marchena. Thiers habla así de Marchena: «Jeune espagnol qui était venu chercher la liberté en France.»

(2) Riouffé cuenta esto así: «Ce qui achéva de lui narer le cœur (il s'agit toujours du bon benedictin) ce fut l'aventure suivante: l'espagnol à cette époque était à

l'agonie; le moine rodait autour de lui comme autour d'une proie chérie. Ramener un espagnol au giron de l'Église, quelle béatitude! Mais l'espagnol mourant ranime ses forces et crie: Vive Ibrasehá!» (dios á cuyo culto se dedicaban algunos presos).

(3) *Biographie moderne, ou galerie historique*, Paris, 1816. De aquí tomó Miñano noticias de la vida de Marchena en ilustracion de la obra de Thiers, que tradujo, no, como cree monsieur Antoine de Latour, que las obtuvo de Marchena mismo en 1821.

Prendado de este proceder Murat, eligió á MARCHENA su secretario, y con él vino á España en 1808, persuadido MARCHENA que se habria olvidado su proceso. En Madrid fué preso por la Inquisicion; reclamó Murat á su secretario, le negaron la entrega, y el general frances mandó que una compañía de granaderos lo sacase de las cárceles secretas del Santo Oficio.

Así salió MARCHENA en triunfo. El rey José I lo nombró director de la Gaceta y del archivo de uno de los ministerios, y le concedió una pension para ayudar á los gastos de dar á luz algunas de sus traducciones francesas, entre ellas el *Tartufo* y el *Misántropo*, comedias que se representaban con gran aplauso en Madrid.

Cuando José I se refugió en Valencia, MARCHENA siguió á la córte; y cuando quedó vencida la causa napoleónica, pasó á Burdeos.

Volvió á España en 1820; en Madrid se le recibió con frialdad; llevaba consigo la nota de afrancesado; estuvo en Sevilla, donde recibió mejor acogimiento por las gentes más entusiastas por la libertad, á quienes, sin embargo, tachaba MARCHENA de no saber ser liberales; y al empezar el año de 1821 espiró en la pobreza y el abandono (1), á la edad de 52 años.

¿Y qué fué MARCHENA como filósofo? El que dió á conocer en España, haciéndolos populares, los nombres de Voltaire y de Rousseau.

Las novelas y cuentos filosóficos del primero, y el *Emilio* y la *Julia* ó la *Nueva Eloisa* del segundo, se tradujeron por MARCHENA en excelente estilo (2). Tambien trasladó á la lengua castellana *El origen de los cultos* de Dupuis y las *Cartas Persianas* de Montesquieu. La juventud adquirió las doctrinas de estos libros por MARCHENA. Todavía recuerdo que á escondidas de mi familia los leia, como mis compañeros de estudios.

Pero no fué esto solo. MARCHENA publicó en Burdeos el año de 1820 sus *Lecciones de filosofia moral y elocuencia*. Es una coleccion de pasajes escogidos de los más célebres autores españoles.

Acompaña á esta obra un discurso preliminar y un exordio en que MARCHENA expone algunos de sus pensamientos filosóficos, á par del juicio crítico de los escritores.

Llega á definir á Dios al combatir la verdad de los milagros modernos, y dice:

«El Dios de los cristianos es un espíritu inextenso que llena la inmensidad del espacio; una inteligencia que abraza ambas eternidades sin que en ella haya sucesion de tiempos; que ve la inmensa cadena de todas las verdades posibles hasta sus más remotas consecuencias, sin que para ella existan premisas; ante cuyos ojos las más recónditas relaciones de todos los seres, ó existentes ó posibles, son una mera percepcion instantánea. Tan alta idea se aviene mal con una procedencia particular que interrumpe el curso de sus generales leyes por motivos mezquinos en su presencia; los únicos portentos que de ella pueden no desdecir, son los que para fundar su religion fueron indispensables, y habiendo ésta recibido su total complemento con la resurreccion del legislador y la predicacion de sus discipulos, parecen otros cualesquiera milagros no ménos incompatibles con los dogmas religiosos que indignos de la Majestad divina.»

Esto, como se ve, es convenir con la verdad del cristianismo.

En otro lugar emite el siguiente juicio crítico del maestro fray Luis de Leon.

«Lástima es que la materia de *Los nombres de Cristo* sea en sí de tan poca importancia, que es innegable que cuanto puede el ingenio dar realce á las cosas que nada valen, tanto ha dado á su asunto el maestro Leon. Mas si el platonismo convertido en religion dogmática es una inexhausta vena de sublimidad para el poeta, para el dialéctico lo es de contradicciones y sofismas, por la perpétua discordancia entre la inmensa elevacion y magnitud del edificio, y lo ruinoso y aéreo de sus cimientos. Es el platonismo una magnífica fantasmagoria; la imaginacion cierra primero todos los portillos á la luz de la razon, y figura luego las más grandiosas, las más tremendas ó las más deliciosas escenas; mas si un rayo de luz disipa la oscuridad, al punto se deshace el encanto. El maestro Leon, precisado por la naturaleza de su obra en muchas partes á ventilar los fundamentos en que estriba esta doctrina, descubre su ninguna solidez. Verdad es que no es posible pintar con más vigor y elevacion los más altos misterios del cristianismo, y es tal la fuerza de convencimiento del autor y su extático raptó, que sus argumentos, nunca conclu-

(1) El distinguido escritor monsieur Antoine de Latour, tan aficionado á nuestra literatura, y persona de tanto ingenio como buen gusto, habla mucho de Marchena en su libro *Espagne, traditions, mœurs et littérature* (Paris, 1869). Sigue mucho los juicios críticos y las noticias de un sabio

y elocuente escritor, el señor don Gaspar Bono y Serrano. (2) Alguno que otro galicismo suele, sin embargo, hallarse en los escritos de Marchena. No podia acontecer otra cosa tratándose de una persona que tanto escribió, y por tanto tiempo, en lengua francesa.